CAPÍTULO LXXXIV. *Que los bergantines se acabaron y llevaron a Tetzcuco, y alegría con que se recibieron*

FUE AVISADO FERNANDO CORTÉS cómo se fortificaban los dos pueblos sujetos a Tetzcuco, que estaban cerca de la laguna; fue con doce caballos y doscientos infantes y dos piezas de artillería y algunos tlaxcaltecas, y a legua y media (que poco más estaban los pueblos) topó con gente que iba a reconocer; prendió algunos; llegó a los pueblos; combatió los fuertes; desportillólos y quemó muchas casas; huyó la gente, quedando mucha parte muerta. Fueron otro día tres principales, pidiendo perdón, ofreciendo de servir a Cortés, el cual por ser vasallos de don Fernando, los perdonó; y porque demás de ser clemente de su natural condición, en esta guerra, juzgaba ser conveniente. Otro día llegaron indios de las mismas poblaciones, descalabrados, diciendo que mexicanos se habían entrado en sus lugares y héchose fuertes en ellos y los habían echado y que temían que volverían, que los socorriese; mandólos curar y ordenólos que cuando fuese tiempo le avisasen. También eran muy aquejados los de Chalco y pidieron socorro; ofreció de dárselo cuando enviase por los bergantines, que antes no podía; pero como llegaron embajadores de Huexotzinco, Cholulla y Quauhquechulla a saber cómo estaba y ver si había menester más gente, porque después que salió de las provincias no habían sabido de él, les encomendó que ayudasen a los de Chalco por ser súbditos de la corona de Castilla, como lo eran ellos, no mirando a las pasiones antiguas; y ellos se lo ofrecieron y desde entonces quedaron todos amigos. Los que con Martín López entendían en la fábrica de los navíos supieron que había llegado a la Vera Cruz una nave con cuarenta soldados y ocho caballos, con algunas ballestas, escopetas y pólvora; y como el camino no estaba seguro y había orden de Cortés que nadie fuese adonde estaban sin su licencia, porque no peligrasen y no querían desobedecerle, no sabían cómo darle aviso de el socorro que había llegado. Un criado suyo de hasta veinte y cinco años con esta nueva y con el aviso que los bergantines eran acabados, pensando dar contento a su amo, se salió de noche y caminando apriesa, con el mantenimiento que pudo llevar, escondiéndose de día, aunque algunas veces se vio en peligro, llegó salvo al ejército con espanto de todos y alegría de Cortés por las buenas nuevas; y no perdiendo tiempo envió luego a Gonzalo de Sandoval con quince caballos y doscientos infantes, para que trajese los bergantines, con orden que de camino asolase el lugar de Zultepec, que está cinco leguas de Tetzcuco, a la bajada de la sierra, para entrar en Calpullalpan, que se llamó después el Pueblo Morisco, porque de allí fueron los que mataron y prendieron los trescientos tlaxcaltecas cinco caballos y cuarenta y cinco infantes castellanos, que iban de la Vera Cruz a Mexico, cuando Cortés estaba apretado en ella, los cuales en Tetzcuco pusieron en sus adoratorios los cueros de los caballos con sus pies, manos y herraduras, también como en todo el mundo se pudiera hacer y los vestidos y armas

de los castellanos colgaron en los templos por trofeo, con los cueros pegados en las paredes. Partió Sandoval deseoso de castigar esta crueldad, que como todo esto se halló en Tetzcuco, cada día lo tenían presente. El caso fue que habiéndolos en Zultepec recibido amigablemente y regalado, por más asegurarlos, salieron a ellos y los tomaron apeados de los caballos, subiendo una cuesta muy áspera y a los infantes en lugar adonde no se pudieron aprovechar de las armas y los llevaron a Tetzcuco, adonde sacrificaron a los que tomaron vivos y se hizo lo que se ha dicho. Llegó Sandoval a unos palacios, poco antes de Zultepec, halló escrito con carbón: aquí estuvo el desdichado Juan Juste, cosa que movió a todos a gran compasión. Y sabiendo los del lugar que iban los castellanos, salieron huyendo apriesa; siguieron el alcance, mataron y prendieron muchos, que todos, atento su delito, fueron dados por esclavos; y los demás, que después acudieron a pedir perdón, concedió Sandoval la vida, porque confesaron el caso, prometiendo de no dejarse engañar más de el demonio. En este ínterin se acabaron los bergantines que se labraban en el barrio de Atempan, que se llama San Buena Ventura, en cuya obra ayudó a Martín López, Miguel Pérez, uno de los conquistadores. Y aquí dice Diego Muñoz Camargo, que allí los armaron y atajaron el río que pasa por aquella parte y los echaron al agua para ver si eran seguros y si estaban a nivel y plomo para sustentar sin riesgo la carga, y que los hallaron buenos y que los volvieron a desarmar y en piezas los trajeron a la ciudad de Tetzcuco. El padre Sahagún dice que los españoles hicieron un bergantín y que lo armaron y que por él hicieron los indios los demás, que llegaron a número de trece. Yo pienso que lo que dice Camargo se debe entender por este solo bergantín, que después de labrado y armado lo echarían al agua para ver cómo había salido y que hallándolo bueno les serviría de modelo para hacer por él los otros que se hicieron; porque clavarlos una vez y volverlos a desclavar y ponerlos a punto no era provecho de la madera y podíanse lastimar y poner a riesgo; y así digo que no todos se armaron en Tlaxcalla, sino que en piezas, como allí se hicieron, se trajeron a Tetzcuco y en su ribera se armaron; y para echarlos al agua abrió Cortés, con la gente de su confederación y otra mucha de la misma ciudad de Tetzcuco, una acequia ancha y honda, en suficiente distancia, que corre casi media legua hasta la laguna; y esta acequia he visto y me han enseñado el lugar donde se armaron los bergantines y se echaron en ella y todos cuantos quieren la ven, porque está en la misma ciudad y comienza de sus últimas casas. Y así dice este padre que no los armaron, sino que tomaron toda la madera a cuestas y que así los españoles, como los indios, hechos un ejército (cosa muy de ver en la ciudad y en los aparejos que llevaban), comenzaron a marchar hasta la ciudad de Tetzcuco, donde pusieron la madera a la lengua de el agua y comenzaron a clavar las piezas, las unas con las otras; lo cual hecho, los brearon con su brea, según se suelen brear los navíos; y otros hacían los otros pertrechos necesarios y los echaron al agua; esto dice Sahagún. Aquí dice Herrera que Martín López, a quien solicitaba Cortés por probar si los bergantines navegaban,

con multitud de indios, hizo una gran presa en el río Zahuatl, que pasa por Tlaxcalla, adonde halló que salían muy bien; y que Alonso de Ojeda, Juan Márquez y Juan González y otros dos castellanos, pareciendo que convenía no detenerse más los hicieron desarmar y cargar. Y esto dice, siguiendo la relación de Camargo, de la cual se aprovecha en esta parte, porque dice las palabras formales que yo tengo en su *Memorial*; pero lo dicho tengo por más cierto y averiguado; y prosigue que con ciento y ochenta mil hombres de guerra, que dio la señoría, salieron muy en orden hasta el pueblo dicho Hueyotlipa, de la jurisdicción de Tlaxcalla, adonde estaba concertado que los había de hallar. Lo cierto es que salieron de Tlaxcalla con mucha gente; pero que fuese tanta, no lo sé y me parece que está errado el número; porque como ya hemos dicho, en otra parte, Tlaxcalla no ponía ni podía poner jamás arriba de cien mil hombres en campo, según lo dejó escrito el padre Motolinía; y habían salido ya en esta ocasión muchos con Cortés y era fuerza que quedasen otros en defensa de la república, para lo que pudiese suceder; pero al fin salieron muchos y llegaron hasta Hueyotlipa, donde pararon; y como tardaban los castellanos, los tlaxcaltecas decían que ellos bastaban para ir seguros, que no se detuviesen; pero los nuestros los entretenían diciendo, que aunque era así, convenía aguardar la orden de el general; con todo eso, al cabo de ocho días, que se detuvieron porque Sandoval tardaba, partieron y en la primera jornada, a media noche, oyeron las centinelas los pretales de tres caballos que enviaba Sandoval a reconocer los muchos fuegos que había descubierto; y volviendo a dar aviso de lo que era, toparon a Sandoval que los seguía con dos caballos, y el ejército quedaba a una legua. Otro día se vieron tendidas las banderas; los unos y los otros con muy grande alegría comenzaron a marchar. Iban de dos en dos, ocho mil hombres, que llevaban la ligazón y tablazón de los bergantines. De vanguarda iban ocho caballos y cien infantes castellanos y otros tantos de retaguardia. A los lados iban Ayutecatl y Teutepil, principales señores de Tlaxcalla, con cada diez mil indios. Chichimecatl, también señor tlaxcalteca, iba con otros diez mil de retaguarda; los demás, por no ser menester, se volvieron. Comenzando a entrar por tierra de Culhua, pareció que convenía caminar con otra orden, pusieron delante la ligazón y la tablazón, por ser cosa de más embarazo detrás. Chichimecatl, capitán de la gente, que iba con la que llevaba la tablazón, lo tomó por afrenta, diciendo que en la tierra de enemigos quería ir el primero; y que en las batallas, siempre había tenido el primero y más peligroso lugar; y que así lo habían hecho sus pasados y que cuando entrase en Mexico, había de ser el primero. Gonzalo de Sandoval le dio muchas razones con que le sosegó, aunque con dificultad. El cuarto día entraron en Tetzcuco, para lo cual los indios se vistieron la mejor ropa que llevaban; pusiéronse sus penachos y divisas, que parecían muy galanes. Salió Cortés a recibirlos, galán y bien acompañado; abrazó a los señores tlaxcaltecas, honrólos mucho; estuvo mirando cómo pasaban por su orden, que duró seis horas, y después los aposentó y regaló, ofreciéndole ellos que no vían la hora de verse con los enemigos.